THE WALL STREET STOCK

Ferdinando Frega - Nando the Scribe



Gillettenarrative.com

LA ACCIÓN DE WALL STREET

Introducción a la saga de Wall Street

Nunca olvidaré el día en que entré en el internado.

Era el 15 de octubre de 1970. Un jueves.

Para la ocasión, mi padre estaba presente. Le había pedido a Gillette una tarde libre, algo que rara vez ocurría. Mirando atrás, me doy cuenta de que no se limitaba a acompañar a un niño a la escuela. Estaba entregando un pequeño fragmento de la historia de Gillette a un mundo que ninguno de los dos comprendía todavía.

Una joven monja llamada Sor Giuseppina vino a recibirme.

Piel clara, ojos azules, rostro juvenil. El velo ocultaba todo lo demás. Me tomó de la mano y me acompañó hasta la Clase 1A, donde me esperaba mi maestra, Sor Dominella.

Sor Dominella ya era anciana.

Se frotaba constantemente las rodillas y predecía la lluvia con notable confianza. Según ella, el clima vivía dentro de sus articulaciones. Si le dolían las rodillas, se acercaban nubes.

Cuando entré en el aula, ella ya sabía mi nombre. De hecho, todos lo sabían. Las noticias viajaban deprisa entre aquellas paredes. Los homenajes habían llegado antes que yo.

Cada habitación contenía el mismo regalo: sencillas bolsas de plástico con el logo rojo de Gillette de los años setenta, decoradas solo con imágenes de hojas de afeitar.

Yo era demasiado joven para entenderlo, pero ya me había convertido en un pequeño embajador de una empresa que me acompañaría durante toda mi vida.

La primera lección trataba sobre la acción. Las buenas acciones.

A los seis años, eso parecía bastante simple. La buena acción era buena. La mala acción era mala. Caso cerrado.

Pero la vida, como siempre, tenía otros planes.

Unos años después descubrí que las acciones nunca se juzgan por lo que son. Se juzgan por las historias que las rodean.

Da un caramelo a alguien y se convierte en una buena obra. Usa el mismo caramelo con otro propósito y de pronto se convierte en una mala. La acción permanece sin cambios. Solo cambia la narrativa.

Esa fue la primera lección real de mi vida. No la moral. No la religión. No la disciplina. La narrativa. El extraño poder que transforma hechos idénticos en significados opuestos.

Décadas más tarde, Gillette me llevaría a Boston. Junto a colegas de todo el mundo, acabaría por encontrarme en la capital financiera con la que los niños de los internados nunca sueñan: Nueva York.

Incluso muy cerca de Wall Street.

Pero esa es otra historia. Ya ha sido escrita en otro lugar, y nunca he disfrutado repitiéndome solo para llenar espacio literario.

Aun así, queda un pensamiento.

A las personas siempre se las recuerda por sus acciones. Algunas acciones se convierten en historias. Algunas historias se convierten en Historia.

Y si esas acciones llegan a estar escritas en papel, negociadas, valoradas, compradas, vendidas y cotizadas cada día… ¿quién diablos va a olvidarlas alguna vez?

Ferdinando Frega
BLADEFREGA
La saga de Wall Street